



Adviento: entre el desencanto y la esperanza

Los hombres vivimos entre el **desencanto** y la **esperanza**. El desencanto ante la pobreza impuesta y la riqueza indigna, la intolerancia y la indiferencia, las palabras políticas del bien común y los actos de aprovechamiento, las proclamas pacifistas y la venta mortal e indiscriminada de armamento, la propia tentación de usar y someter a los demás.

Pero la **esperanza** también nos llama y nos seduce. Nos llama el anhelo profundo de poder, algún día, gozarnos con la esperanza de los esperanzados que buscan la paz y trabajan por la justicia, de aquellos que superan su tranquilidad egoísta y se ensucian las manos sin miedo para vivir y gestar la solidaridad con el pobre y el que sufre. Nos seduce contemplar a aquellos que no claudican porque aman la vida y siguen apostando por la dignidad de todos los que viven, incluso cuando se enfrentan a la adversidad. En medio de este mundo contradictorio, **la esperanza nace; y se fortalece cuando la fe se hace vida.**

Porque el hombre de hoy, y el de siempre, no deja de identificar la fe con la vida.

El **Adviento** que iniciamos es un tiempo de esperanza. No es un tiempo de espera pasiva, sino de espera activa. Es un tiempo de **ojos bien abiertos** por la fe y de preparación para recibir a Cristo que viene. Celebramos la venida de Cristo en la historia, para salvar al mundo de la injusticia y del dolor.

Esperamos su venida en nuestro corazón, para transformarnos y **hacernos más semejantes a Él**. Esperamos la segunda venida de Cristo, que se hace presente en el hoy de la vida de la Iglesia, en su esfuerzo por descubrir el Cristo que viene en la Palabra de vida, en la gracia viva de los sacramentos, en las personas que nos rodean, especialmente en los pobres y sufrientes, en la vida de la comunidad que camina tratando de hacer historia de salvación cada día en el trabajo perseverante y, muchas veces, doloroso, por un mundo más fraterno y solidario.

Celebramos la Encarnación, **el gesto infinitamente amoroso de Dios que de tal manera amó al mundo que le dio a su propio Hijo**. Cristo viene a salvar al hombre dondequiera que se encuentre. Cristo, nacido de María de Nazaret, fue hombre de su pueblo y de su tiempo: vivió como un judío, trabajó como un obrero de Nazaret y desde entonces sigue encarnándose en todos los hombres.

La Iglesia necesita seguir el camino de su maestro, porque **Adviento es la Iglesia, que sale al encuentro de todos los hombres y de todo el hombre**, y que no le importa dialogar hasta con los publicanos y las prostitutas de hoy, como Cristo lo hizo, con los pecadores de su época con tal de llevarles el verdadero mensaje de salvación.

La Iglesia del **Adviento** es la que vive en la **alegría de la esperanza** que la hace vital y **no en la profecía de la amargura** que ensombrece la Buena noticia que lleva en sus manos.

Una **Iglesia del Adviento** es la que sabe sentir como suyo todo lo humano y quiere encarnarse en el dolor, la esperanza, la angustia y las alegrías de todos los que sufren, gozan y esperan; esa Iglesia es Cristo amado y esperado, Cristo presente que camina y pasa haciendo el bien en medio de su pueblo.

Que vivamos un **Adviento en la esperanza** que no defrauda.

Mons. Eduardo García